Redacción y Administración
Tacuba No. 12.- Despacho 8

ARAGON

Junio de 1944

Pensado en Aragón y en España, hagámos nuestro el pensamiento de Fernán González: "Un día que perdamos, nunca lo podremos cobrar,-- jamás en aquel día, nos podremos tornar".

Pendiente de Registro

3 MINUTOS A HISTORIA

El Chocolate de Cabañero

Hervía el Maestrazgo. A caballo sobre Valencia y Aragón. sin entregarse, todavía, ni a uno ni a otro, corrían por sus sierras, ciudades—en Aragón, como en toda España, los pueblos y hasta las aldeas tienen aire de ciudades—masías y aldeas, hombres con armas, luchando unos por don Carlos y otros por doña Isabel. Cabrera marcaba, en aquella lucha tremenda, el más alto grado de rudeza y ferocidad. Se había retrocedido en la técnica militar y la guerra carlista se había convertido en una complicada madeja de marchas y contramarchas, en que los soldados morían de disentería.

En aquella marea las ciudades permanecían como islotes auténticamente políticos. Teruel, Huesca, Barbastro, Jaca se sentían liberales.

En Zaragoza el ambiente era francamente liberal. Se iniciaban ya los movimientos que habían de producir, más adelante, la Zaragoza alborotadamente progresista que, a pesar de los despistes políticos de los dos últimos decenios, estallará nuevamente.

Desde las sierras se veía a Zaragoza como un magnífico regalo para la Corte de Estella, para sus frailes, princesas linfomaníacas, aristócratas casanovescos y devotos, que hacían y se hacían el amor para entretener el tiempo en que los campesinos navarros y aragoneses derramaban su sangre para conquistarles, a ellos, la gloria de la corte real.

La espera era ya excesiva. Necesitaban alguna ciudad importante en que poder aligerarse de la pesadumbre de la pequeña ciudad Navarra. Cabrera decidió ofrecérsela. Del Maestrazgo salieron las tropas del general Cabañero, pasaron Alcañiz y se dirigieron a Zaragoza. Las autoridades consideraban imposible la marcha y por lo tanto dormían tranquilamente. Es posible que durmieran porque les tuviera sin cuidado lo que pasara. Muchos eran los que peleaban por doña Isabel sin saber bien por qué y muchas autoridades liberales llevaban el morrión liberal tan chiquito que casi parecía una boina. ¿Traición? Puede que ni eso.

Los rumores corrían por la ciudad. La autoridad no corría. Dormía. Como dormía el 18 de julio de 1936, el 4 de marzo de 1838 roncaba. El pueblo no dormía tanto. Por sus calles veía entrar unas fuerzas escasamente uniformadas—unas boinas y unos escapularios, que más tarde se convirtieron en feces con los mismos escapularios—de aire bronco—. Cómodamente se apoderaron de la ciudad. Los soldados liberales se encerraron en los cuarteles y los jefes isabelinos comenzaron a pensar en los términos de la rendición.

Cabañero, el general que con su brigada —cuatro batallones y cuatrocientos caballos—había llegado, se preparaba para asistir al Te Deum en el Pilar. Pero la noche había sido muy agitada y en casa de cualquiera de los apostólicos, los Cavero, los Comín o los Elíos, entró a descansar. Entre bromas y gracias le ofrecieron el chocolate. La misma señora de la casa se dedicó a hacerle el más sabroso chocolate que hubiera podido tomar jamás aquel campesino.

Pero ni unos—las autoridades, los jefes militares de la ciudad—ni los otros—los soldados carlistas, su general Cabañero, los pequeños aristócratas—contaban con algo cuya importancia se demostraría inmediatamente: el pueblo.

Una noche en vela no le debilitó sino que le dió ánimos. Vió las boinas por las calles y él se puso el morrión, pero el morrión desvergonzado, sin achatamientos, duro, inflexible y sin contar con las autoridades, sacó sus armas, las que las autoridades tenían en la Aljafería, e inició una dura lucha callejera contra los huéspedes extraños.

El pueblo en armas se posesionó de lo suyo. La ciudad. Corrieron los carlistas que pudieron y llegaron hasta Cabañero en el momento en que el humeante chocolate aparecía en jícaras de plata ante la mesa del general. Una sonrisa del general y una frase muy propia del militar con mando: "Señora, no se preocupe, ahora regreso. No

Pasa a la Página 6

CUATRO SONETOS de ANTONIO MACHADO

I

¡Cómo en el alto llano tu figura
se me aparece!. . . Mi palabra evoca
el prado verde y la árida llanura,
la zarza en flor, la cenicienta roca.

Y al recuerdo obediente, negra encina
brota en el cerro, baja el chopo al río;
el pastor va subiendo a la colina;
brilla un balcón en la ciudad: el mío.

El nuestro. ¿Ves? Hacia Aragón, lejana,
la sierra del Moncayo, blanca y rosa...
Mira el incendio de esa nube grana,

y aquella estrella en el azul, esposa.
Tras el Duero la loma de Santana
se amorata en la tarde silenciosa.

II

¿Por qué, decísme, hacia los altos llanos
huye mi corazón de esta ribera,
y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?

Nadie elige su amor. Llevóme un día
mi destino a los grises calvijares
donde ahuyenta al caer la nieve fría
las sombras de los muertos encinares.

De aquel trozo de España, alto y roquero
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido,
una mata del áspero romero.

Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!

III

Otra vez el ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.

Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡cual muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
No sabemos de quién va a ser mañana.

Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora
y al italo la puerta de los mares.

Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora!

IV

Tu carta —oh noble corazón en vela,
español indomable, puño fuerte—,
tu carta, heroica Lister, me consuela
de ésta, que pesa en mí, carne de muerte.

Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,

de monte a mar, esta palabra mía:
"Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría".

El Poeta y el Pueblo

—fragmento—

Cuando alguien me preguntó, hace ya muchos años, ¿piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo, o permanecer encerrado en su "torre de marfil" —era el tópico al uso de aquellos días— consagrado a una actividad aristocrática, en esferas de la cultura sólo accesibles a una minoría selecta? yo contesté con estas palabras, que a muchos parecieron un tanto evasivas e ingénuas; "Escribir para el pueblo —decía mi maestro— ¡qué más quisiera yo!. Deseoso de escribr para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe. Escribir para el pueblo, es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabaremos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España, Shakespeare, en Inglaterra, Tolstoil, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta.

Antonio MACHADO

Libros Viejos y Nuevos

por Medea

Paulita Brook. CARTAS A PLATERO.—Editorial Proa. México, D. F. Ilustrado por Alma Tapia, Paulita Brook, ha publicado un nuevo libro que titula "Cartas a Platero".

A manera de prólogo, encontramos una maravillosa página inédita de la edición completa de "PLATERO Y YO". Juan Ramón Jiménez ha puesto en ella el mismo aliento poético e idénticas sutilezas líricas —"Porque tú, como tú, un niño, un perro también, como Almirante, me das la compañía y no me quitas la soledad (esto que también te digo tanto) y al revés, me consientes la soledad y no me dejas sin compañía"— de los ya conocidos, y cuyo "leitmotif el asno "pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón"; el "hermano a medias", ha servido a Paulita Brook como sujeto de las Cartas a que nos referimos.

Aunque en el desarrollo y concepción general de "Cartas a Platero" se perciben las huellas del ilustre poeta español, y hay en ellas igual profusión de temas poéticos acertadamente escogidos, en el libro de Paulita Brook, lejos de confundirse sueño y realidad, más bien los destaca y precisa, al propio tiempo que nos revela intensa plenitud de exploración en sus imaginaciones, no exenta de cierta coquetería de la sencillez, en palabras y conceptos, sencillez que nos conquista por dejar más desnuda y clara su desbordante ternura, expresada con sabia y graciosa simplicidad. Pero la característica esencial de "Cartas a Platero", y su principal mérito, a nuestro juicio, estriba, tanto en la riqueza de la sensibilidad de su autora, como en el aquilatamiento y justeza de la expresión, que en su conjunto es limpia, cuidada y primorosa, culminando en la carta final **"De Rucio a Platero"**, para nuestro gusto, la mejor de todas, que poco o nada tiene que envidiar, en el buen decir, a las mejores páginas de la lengua castellana.

Wanda Wasilievska. ARCO IRIS.—Editorial Nuevo Mundo.—Difícilmente podrá darse nada más impresionante que el relato que, de los crímenes y horrores cometidos por los alemanes durante la ocupación de una pequeña aldea ucraniana, nos hace la eminente escritora, hoy coronel del Ejército Rojo, Wanda Wasilievska en ARCO IRIS.

Se trata de un libro vivo, intenso, arrebatado de aliento humano, porque la autora recurre siempre al testimonio de su propia experiencia, y donde la barbarie y la ferocidad de las bestias nazis, se estrellan ante el heroísmo incomparable de sencillas campesinas, niños o viejos para descubrimos una vez más la grandeza del pueblo soviético en lucha ininterrumpida contra la violencia de los que profanan su tierra, esa tierra que aman con tanto apasionamiento.

Y así van desfilando la figura magnífica de Olena, la guerrillera que vuelve sigilosamente a su aldea porque va a nacer el hijo esperado con afán, durante veinte años y es descubierta. O las de Fedosia, María Chechor, Mishka, Malasha, en fin la aldea entera, que no gime su desesperación o el dolor de sus huesos y de su carne, sino que gime su toda libertad.

Hasta que llegados sus libertadores, lo que antes fué floreciente koljós y más tarde horrible cementerio, vuelve a la vida inmediatamente, con frenesí, con ese ardor y esa admirable capacidad para la acción, tan peculiar en los ciudadanos de las jóvenes Repúblicas Soviéticas.

Hay también algo muy interesante, que no queremos pasar por alto, en cuanto a la forma de expresión literaria de esta novela, algo que impresiona al lector hondamente, y es lo que pudiéramos llamar el desarrollo plástico o más bien cinematógrafo de la obra, porque las escenas parecen fotografías en movimiento.

Y para terminar, diremos que la traducción muy estimable del profesor W. Roces y J. Rejano, es un nuevo mérito que añadir a la edición castellana de este excelente libro.

Constancia de la Mora. DOBLE ESPLENDOR.—Editorial Atlante. México, 1944.—Muchos intentos ha habido para hacer una verdadera historia de la guerra de España, sin embargo, ninguna tan acertada y completa como la que Constancia de la Mora, ha con-

Pasa a la Página 6